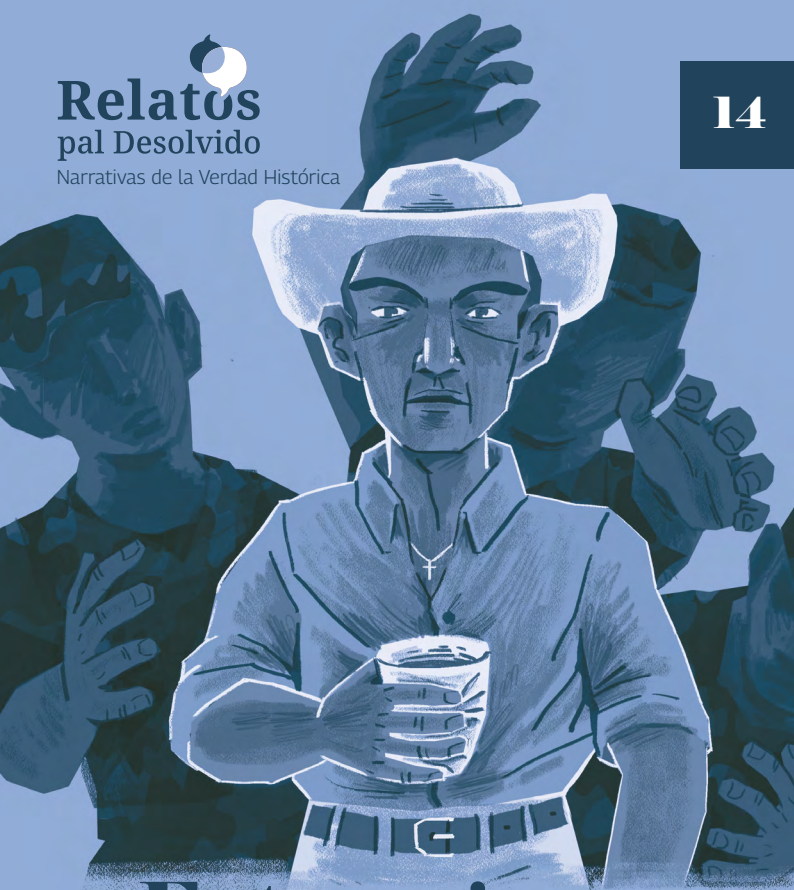




Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

14



Entre caimanes



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desoldido n.º 14

Entre caimanes

Relato pal Desoldido derivado del informe *Memoria de una guerra por los Llanos. Tomo I: De la violencia a las resistencias ante el Bloque Centauros*. n.º 10 de la serie Informes sobre el Origen y la Actuación de las Agrupaciones Paramilitares en las Regiones. Bogotá, CNMH, 2021. 648 páginas.

Entre caimanes

Relato pal desoldido n.º 14.

Colección • Relatos pal Desoldido
Narrativas de la Verdad Histórica

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia
(2022- agosto 2026)
Carlos Mario López Rojas (e)
(agosto 2026)
Dirección General

Carlos Mario López Rojas
Director técnico de la Dirección
de Acuerdos de la Verdad (DAV)

Natalia Escobar Sabogal
Línea conceptual, metodológica y
articulación técnica de los proyectos
de investigación-creación.
Apropiación Social de la Verdad
Histórica. DAV.

Juan Biermann López
Investigación, redacción y edición

Fabián Carvajal Álvarez
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vanezza Escobar Behar
Julian Esteban García Romero
Lina Margarita Perea Mojica
Apoyo y acompañamiento a la revisión
técnica

Daniel Fernando Polanía Castro
Profesional especializado Estrategia
de Comunicaciones

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Gustavo Adolfo Patiño Díaz
Corrección de estilo

Primera edición: agosto 2026

Número de páginas: 32
Formato digital: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7948-13-6
ISBN digital: 978-628-7948-14-3
Imprenta Nacional de Colombia
Impreso en Colombia - Printed in
Colombia
Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria**
Histórica
Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:
Centro Nacional de Memoria Histórica.
(2026). *Entre caimanes*. CNMH.

Los nombres de todos los personajes
que protagonizan estos Relatos pal
Desoldido son ficticios.

Este libro es de carácter público.
Puede ser reproducido, copiado,
distribuido y divulgado, siempre y
cuando no se altere su contenido, se
cite la fuente o, en cualquier caso, se
disponga la autorización del Centro
Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica.

Entre caimanes / Centro Nacional de Memoria Histórica ;
investigación y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación
e ilustración Fabián Mauricio Carvajal Álvarez ; línea metodológica
y conceptual Natalia Escobar Sabogal. -- Primera edición. -- Bogotá,
Colombia : CNMH, 2026.

32 páginas : ilustraciones. -- (Relatos pal Desoldido ; n.º 14).

ISBN impreso: 978-628-7948-13-6
ISBN digital: 978-628-7948-14-3
ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5
ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Memoria histórica - Colombia 2. Conflicto armado - Colombia
3. Paramilitarismo 4. Violación a los derechos humanos 5. Narrativa
testimonial I. Biermann López, Juan, investigador y redactor. II. Carvajal
Álvarez, Fabián Mauricio, ilustrador y diseñador. III. Escobar Sabogal,
Natalia, línea conceptual y metodológica. IV. Centro Nacional de
Memoria Histórica. V. Serie. VI. Título.

CDD: 303.66

CO-BoCMH

I

Con las pocas cajas que guardaban sus modestas pertenencias, Efraín y Gabriela llegaron finalmente a Orocué —al calor húmedo e invasivo de su cabecera municipal—, a orillas del río Meta, en el centro sur del departamento del Casanare.

Llevaban a su hijo Carlos Francisco, al que todos llamaban ya Pachito, que tendría entonces tres o casi cuatro años y no entendía bien por qué habían dejado el Huila ni adónde iban exactamente. Habían salido huyendo de la Violencia, con la intención vaga de cruzar la frontera y buscar suerte en Venezuela; pero alguien en el camino le dijo a Efraín que en Orocué se estaban necesitando peones para un hato ganadero, y Efraín, quien era hombre de tierra y no de travesías, entendió que podía ser su oportunidad de darle un respiro a la búsqueda.

Tras casi ocho horas desde Yopal por carretera destapada, Efraín encontró trabajo en Orocué sin necesidad de firmar contrato. No pagaban mal y el trabajo no era extenuante. Se instalaron con otras familias en una casa grande que tenía aún camas disponibles.

Corría el año 1954.

II

A finales de 1962, a Gabriela la tumbaron las llamadas «fiebres tercianas», también conocidas como malaria o paludismo. No llegó viva a fin de año. Pachito, con sus doce años recién cumplidos, no supo cómo reaccionar. De su madre le quedaron tres cosas: las letras, que ella le enseñó con un cuaderno y un lápiz; unos principios de cristianismo que guardó menos como fe que como costumbre; y la certeza de que las cosas buenas no duran para siempre.

Su padre sí supo cómo reaccionar: no iba a permitir que nada malo le pasara a su hijo y, para ello, lo más importante era evitar que Pachito se acercara a los violentos. Porque en el Huila los violentos mataban por partido: llegaban a preguntar si uno era liberal o conservador, y según la respuesta decidían. En Orocué no era así: allí —según lo visto— llegaban a hablar con

el patrón, quizás a cobrarle vacuna, quizás a explicarle que ellos representaban la autoridad. «Con esa gente —pensó Efraín— uno podía al menos saber a qué atenerse» o, por lo menos, podía evitarlos porque no era con los peones con quienes venían a tratar.

III

Pasados treinta y seis años, Pachito seguía siendo Pachito, viviendo en la pequeña finca que, a las afueras de Orocué, su padre logró comprar y adecuar tras años de trabajo y esfuerzo, y que le dejó como herencia, además de unos ahorros guardados en una lata que Pachito encontró poco después de la muerte de Efraín. Con esa plata compró más animales, arregló la casa y se dio algunos gustos en el pueblo.

Efraín murió en 1998. Un infarto lo fulminó. Y tras la velación, el entierro y los trámites, Pachito regresó a casa y ese vacío dejado por su padre, hondo y profundo, no tardó en ser reinterpretado por Pachito como una oportunidad para vivir liberado del ojo avizor paterno. Así, con casi cincuenta años y tres divorcios encima, Carlos Francisco quiso dejar atrás la habitual austeridad y sabía bien que, para ello, necesitaba «hacer plata».

Intentó varios negocios, todos lícitos; pero poca era su experiencia en ese campo, por lo que, pese a no perder dinero, las ganancias fueron ciertamente exiguas. Lo que sí ganó en abundancia fue un mayor conocimiento de lo que lo rodeaba, es decir, de los finqueros vecinos, de lo que se movía dentro, alrededor y a través del pueblo; por ello no tardó en ver que a la zona estaba entrando el que llamaban Bloque Centauros de los paramilitares.

Pachito había oído hablar antes de Los Buitragueños, con sus escopetas viejas y sus botas de caucho, y de Los Barraganes, que intentaron imponer un orden demasiado pretencioso para tan poca tropa. En cambio, estos que fueron llegando eran distintos: venían en camionetas doble cabina, con radios de comunicación y fusiles que Pachito nunca había visto de cerca, y con una organización que hacía que los grupos anteriores parecieran un juego de principiantes. Así, donde el Estado nunca llegó, ellos sí lo hicieron.

Manteniendo la distancia, tal como su padre le enseñó, Pachito los observó durante algunos meses. Lo que vio le llamó la atención: aquellos recién llegados podían ser los socios

que él estaba buscando para un buen negocio. Por ejemplo, él podía aportarles cada tanto algunas reses a cambio de protección y, sobre todo, influencia en el nuevo orden que ellos venían a imponer.

Así como pensó en las posibles ganancias, también se detuvo a considerar los riesgos. Tenía claro que, de estar vivo su padre, jamás aceptaría entrar en tratos con gente tan armada. Porque en eso radicaba, según lo meditado por Pachito, el mayor riesgo: si se atrevía a plantearles una alianza, debía tener claro que, de salir mal, ellos acudirían al único medio que sabían usar: la violencia indiscriminada.

Durante semanas y algunos meses, Pachito no dejó de darle vueltas a esta cuestión; y cuando ya faltaba poco para su cumpleaños número cuarenta y nueve, en noviembre de 1999, se decidió: nada tendría por qué salir mal si la alianza era simplemente el intercambio de algunas reses por un poco de protección e influencia. A fin de cuentas, podía aún pasar que, así como habían llegado, se fueran y todo quedara en nada. Entonces, se arriesgó.

Contactó a la comandancia y los invitó a celebrar con él su cumpleaños: «Vamos a ofrecer siquiera dos reses a la llanera», les dijo, como quien invita dando órdenes. Los comandantes aceptaron.

Esa noche, mientras la carne se asaba y el *whisky* que había conseguido en Yopal circulaba de mano en mano, Pachito se sentó a la mesa con ellos creyéndose entre iguales. Sirvió él mismo. Se rio de sus chistes. Y escuchó, con mucha más atención de la que aparentaba, todo lo que decían.

Los invitados le dejaron un par de muchachas de las que traían para que lo acompañaran al desayuno. Y, para Pachito, después de esa ocasión, los temores se despejaron y un desconocido entusiasmo empezó a crecer en su interior.

IV

Desde aquella primera vez, las visitas de los hombres del Bloque Centauros se hicieron frecuentes en la finca de Pachito. Y en más de una ocasión, al verlos llegar, él dejaba de hacer lo que estuviera haciendo para atenderlos personalmente.

En una de esas visitas, un hombre al que le decían el Capi y le dispensaban trato de oficial de la tropa, le preguntó a Pachito por los vecinos, sus vecinos, los de las fincas aledañas.

—¿Mis vecinos? No sé, me imagino que son buenas personas —se detuvo un instante—. Yo suelo salir poco de esta parcela que tengo.

—Pero ¿no que usted lleva toda la vida viviendo por aquí? —lo interrumpió el Capi.

—Sí, pero eso no significa que me interese en las vidas ajenas. Yo me concentro en ser



honrado, trabajador. Y si los demás no lo son, pues allá ellos, ¿quién soy yo para juzgarlos? —en ese instante vino a su mente el rostro de Vicente Ulloa, el vecino de una próspera finca que colindaba con la suya por el norte—. Aunque, así uno no quiera, a veces ve cosas...

—¿Cómo qué? —inquirió El Capi.

—A lo largo de los años, he visto muchas cosas, algunas sorprendentes. Por ejemplo, ya que me lo pregunta, he visto cómo hay vecinos que no comparten su prosperidad, así uno sepa cómo fue que hicieron pa alcanzarla...

—Detalles —lo volvió a interrumpir el Capi, un poco impaciente.

—Para no irnos lejos, fíjese no más en la finca de aquí al lado, la de don Vicente Ulloa. Es muy difícil que, en unos pocos años, se lo digo yo, que llevo casi cinco décadas viviendo aquí, un hombre logre aumentar sus cabezas de ganado y su maquinaria tan rápido...

—¿Ulloa?... ¿Vicente Ulloa se llama ese vecino?

—Sí, así se llama y, a decir verdad, yo no debería reclamarle que no me haya invitado en los últimos cinco o diez años siquiera un trago. A fin de cuentas, como decía mi papá, mejor andar solo que mal acompañado.



Esa fue la primera vez que Pachito sembró sospechas en los hombres del Bloque Centauros. Y esa primera vez lo hizo como quien busca un desquite, no un beneficio o una recompensa. Sin embargo, su velada acusación no tardó en granjearle grandes ganancias: tres semanas después, de Vicente Ulloa y su familia no se había vuelto a saber, y su próspera finca ahora la administraba un amigo del Capi, que fue a visitar a Pachito para preguntarle si le interesaba comprar ese terreno, con todo lo que tenía adentro, a un precio muy especial.

Pachito tuvo que endeudarse, pero poco tardó en saldar ese crédito. Ahora su finca tenía más del doble de tamaño. Y esto acrecentó muchísimo su entusiasmo. Aunque, igual, le recordó los riesgos: si unas pocas palabras habían logrado que la finca del vecino ahora fuera suya (y que

del vecino nadie supiera dar siquiera razón), significaba que el Bloque Centauros no estaba allí solo para mostrarse fuerte, sino para ejercer violenta y rápidamente la autoridad que venía a reclamar.

—Eso es lo bueno de ser pobre —se dijo Pachito para calmarse—: nadie tiene cómo acusarlo a uno de bienes malhabidos...



La segunda vez tardó en llegar más de un año, a lo largo del cual Pachito aprovechó para ampliar caminos, hacer algunos negocios y disfrutar el crecido patrimonio del que ahora gozaba.

En esa segunda ocasión, Pachito fue menos sutil. A los Aldana y a los Franco, dos familias de colonos cuyos predios impedían el acceso a una fuente de agua a la finca de Pachito, los señaló de ser promotores de robo de ganado y de esconder pasta base de cocaína para intermediarios que no eran del Bloque Centauros. Eso sí, tras soltar tamaña acusación, reiteró que a él no le gustaba meterse en la vida ajena

y que lo que había contado no era más que un simple rumor que, desde años atrás, circulaba por Orocué y sus alrededores.

Poco tardaron entonces en caer en otras manos las propiedades de los ausentes Aldana, de los ausentes Franco. Pachito se volvió a endeudar para garantizarlas bajo su dominio, pero demoró en saldar ese crédito menos que la vez pasada.



La tercera vez fue diferente en forma, pero idéntica en fondo. Al otro lado del río Meta, casi frente a Orocué, vivían familias del pueblo indígena sáliba, en tierras que desde siglos atrás venían siendo suyas, sin necesidad de un papel que así lo estipulara. Pachito le dijo al Capi: «Esos indios siempre cruzan el río pa robarse las reses de las fincas que hay de este lado; no es de extrañarse que tengan vínculos estrechos con los subversivos».

De las tres acusaciones, esta le resultó la más endeble. Sin embargo, fue la que convenció a Pachito de que el Bloque Centauros, práctica-

mente, estaba sirviendo a sus intereses. O, dicho en palabras de él mismo: «Los tengo comiendo de mi mano», como si él no solo fuera ahora un reputado ganadero, sino también perteneciera a una élite capaz de ser obedecido por la fuerza bruta de la violencia indiscriminada que había invadido la región.



Una tarde, a inicios de 2003, Pachito y Joaquín Tarquino —el capataz de la finca— salieron a recorrer a caballo los linderos de lo que, tres años atrás, era apenas una finca de tamaño modesto. Tarquino llevaba trabajando en esas tierras desde los tiempos de Efraín y conocía cada caño, potrero y mata de monte de ese territorio como si se tratara de la palma de su mano. Pero lo que veía ahora era distinto: los linderos habían cambiado tanto que a veces tenía que preguntarse si seguía en el mismo lugar. Por eso le había pedido a su patrón, Pachito, que lo acompañara a ver algo que había en la

finca de los Aldana: «A primera vista, parece un estanque, pero está infestado de caimanes».

Hasta allí condujeron sus caballos y, cerca de la orilla, viendo las escamas puntudas del lomo de al menos media docena de caimanes flotando en el agua, Pachito emitió su juicio:

—A esto también hay que sacarle provecho. Con la piel de esos animales, según tengo entendido, pueden hacerse zapatos, bolsos y cinturones. Toca drenar ese pantano y cultivar ahí arroz, cebolla o, incluso, papaya, que es fruta que por aquí poco se consigue.

Pachito habló durante un buen rato. Después de explicar su modelo de negocio frente al estanque de caimanes, dijo que finalmente había llegado el momento de pensar en grande.

—Mire pa'llá, Tarquino —dijo Pachito, señalando con el brazo extendido hacia el norte—. Todo eso era de los Ulloa. ¿Se acuerda de don Vicente? Buena persona, sí, pero no supo compartir la prosperidad. Y uno en esta vida no está solo en el planeta.

Tarquino asintió sin decir nada. El sol empezaba a caer sobre los morichales, y los garzones levantaban vuelo desde los esteros.

—Y aquí al sur, lo que era de los Aldana y los Franco. Eso sí fue una ganga, Tarquino, se lo digo yo. Tierras con agua todo el año. Mi papá siempre decía que la tierra con agua vale el doble, si no el triple; y no por ser mi papá tenía razón, sino porque es así.

—Don Efraín fue un hombre sensato —dejó escapar Tarquino, quizá como última advertencia.

Pachito lo miró un instante, como calibrando si había algo más detrás de esa frase. No encontró nada o no quiso encontrarlo.

—El viejo era bien sensato, sí, también un poquito aburrido; y si vamos a hablar de ampliaciones, en cincuenta años no logró lo que yo ya logré en tres, digamos cuatro.

Siguieron cabalgando. Al cruzar el caño que antes marcaba el límite oriental de la finca, Pachito se detuvo y miró el agua un momento.

—Sabe qué tengo entre ojos, Tarquino: esa finquita que queda como a una hora de aquí, por la vía que viene de Yopal. Pues no es una sola finca, son varias, pero de eso se trata. Imagínese sumarlas a esto que ya tenemos: que la gente que vaya llegando al pueblo, lo primero que vea sean mis potreros, mis reses. Que sepan desde que llegan a quién le pertenece este territorio.

Tarquino no respondió de inmediato. Miró el caño, miró los potreros, miró a Pachito.

—Eso es mucha tierra para administrar —dijo finalmente—. Uno necesitaría mucha gente de confianza.

—Para eso están los amigos —respondió Pachito—; y si no alcanzan los amigos, nos montamos también nuestro propio ejército.

A lo lejos, alumbró un relámpago. Venía lluvia.

—Mejor regresar a casa —dijo Tarquino y los dos caballos, con sus jinetes, dieron media vuelta.



VI

A mediados de 2003, una mañana, tras regresar del pueblo, Pachito encontró dos camionetas de vidrios polarizados parqueadas en el patio de su casa. En la sombra del corredor lo esperaban seis hombres. A cuatro los reconoció: eran del Bloque, los había visto en reuniones, en retenes, en alguna de las visitas que el Capi le hacía de vez en cuando. A los otros dos —también uniformados y armados— no los había visto nunca, y eso no le gustó porque los rostros desconocidos en su hacienda no eran bienvenidos.

El Capi se adelantó con una sonrisa amplia.

—Pachito, qué bueno ver que llega. Hay un «duro» que quiere hablar con usted personalmente. Manda a decir que es importante, que usted es una persona valiosa para la organización.

Pachito miró las camionetas, miró a los hombres, miró a Tarquino que estaba de pie junto a la puerta con el sombrero en la mano.

—¿Cuánto camino es? —preguntó.

—Unas seis horas. Esta noche está de regreso, no se preocupe.

Tarquino se acercó entonces sin mirarlo de frente, sosteniendo el sombrero con ambas manos:

—Yo me quedo a cargo, patrón. Estaré despierto para verlo regresar.

Pachito lo miró un momento. Asintió, agarró el sombrero y siguió a los hombres hacia la camioneta.

El Capi fue el último en salir de la casa. Antes de cerrar la puerta, se volvió hacia Tarquino, le extendió la mano y se la estrechó con fuerza.

—Gracias por la información —le dijo en voz baja—, queda por ahora a cargo. Cuando vuelva, cuadramos bien todo.

Tarquino asintió sin responder. Afuera, los motores de las camionetas ya estaban encendidos.

Durante las seis horas de camino por trochas y carreteras destapadas, Pachito miró por la ventana el paisaje que era su paisaje: los morichales, los esteros, las garzas que levantaban vuelo al paso de los vehículos.

Llegaron a eso de las cuatro de la tarde a un lugar que llamaban La Chapa. Era más una escuela que un cuartel general. Había construcciones bajas, luz de planta eléctrica, hombres jóvenes uniformados que se movían con la disciplina aprendida de quienes llevan poco tiempo obedeciendo órdenes.

Tan pronto puso pie en tierra, un muchacho uniformado se le acercó con un vaso de agua.

—Tome, don Pachito. Importante que no le falte agua ahorita.

Pachito bebió el vaso entero de un solo sorbo. Era lo más natural del mundo: un vaso de agua después de seis horas de camino. Mientras

bebía, no vio que cuatro pares de manos ya se cernían sobre su humanidad.

Lo agarraron con fuerza y, sin siquiera atender sus argumentos de defensa, amarraron sus muñecas con una cuerda que venía de una polea colgada ya de una rama fuerte de un árbol.

Con los pies escasamente rozando el piso, Pachito no se cansó de gritar que él no había hecho nada malo, que solo había servido fielmente a la organización, que debía haber un malentendido. Mientras se desgañitaba pidiendo que lo soltaran, vio que uno de los comandantes convocaba a los jóvenes reclutas. Según lo que escuchó, el comandante les dijo: «Vean cómo se aplica una buena chaparreada».

Los gritos del recién llegado llamaron la atención del comandante general de la escuela que, al verlo, saludó al Capi y le preguntó:

—¿Este es Pachito? —el Capi asintió—. Ya no se puede confiar en nadie, ¿no?

Mientras los dos uniformados conversaban tranquilamente, la chaparreada se desarrolló

ante la atenta mirada de los alumnos. En algún momento, cuando ya el cuerpo colgado escasamente reaccionaba a cualquier nuevo golpe, fue bajado y, en el piso, desnudado.

—¿Quién quedó a cargo? —preguntó el comandante de la escuela al Capi.

—Uno que se llama Tranquilo o algo así.

—¿De confianza?

—Por ahora sí, pero se le nota que es igual de codicioso. No demora en decir que los vecinos le venden pasta base al enemigo.

—Dejarlo que cante, pa que amplíe la propiedad, ¿no? —afirmó el comandante de la escuela—. A fin de cuentas, ¿quién trabaja aquí para quién?

Ambos rieron, mientras, de fondo, el cuerpo desnudo de Pachito era arrojado a un estanque de voraces caimanes que no tardaron en repartirse lo disponible.

—No parecen querer entender —musitó el Capi mientras veía cómo las aguas del estanque, poco a poco, regresaban a su calma habitual.





Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/memorias-de-una-guerra-por-los-llanos-tomo-i/>

Relatos
pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir en la
Imprenta Nacional de Colombia en agosto
de 2026.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon
las familias tipográficas Elephant, Noto
Serif y Georama



Pachito lleva toda la vida en Orocué, a orillas del río Meta. Cuando el Bloque Centauros llega a la región, él ve una oportunidad donde su padre habría visto una amenaza. Con unas pocas palabras al oído indicado, las fincas de los vecinos empiezan a cambiar de dueño. Esta es una historia sobre un hombre que cree estar usando a los violentos, sin darse cuenta de que no es más que una herramienta de los violentos para controlar el territorio invadido.
